

Sus cascos, iluminados en medio de la lluvia por la antorcha, iban y venían á lo largo de los tejados.

Al mismo tiempo, Thénardier veía del lado de la Bastilla una claridad pálida, que blanqueaba lúgubramente la parte baja del cielo.

Estaba, pues, en lo alto de un muro de diez pulgadas de ancho, sufriendo echado el aguacero, entre dos abimos, uno á la derecha y otro á la izquierda, sin poder moverse, presa del vértigo de una caída posible, y del horror de una prisión segura; su pensamiento, como el badajo de una campana, iba de una á otra de estas ideas.

Muerto, si caigo; preso, si me quedo.

En esta angustia, vió de pronto en la calle, oscura todavía, un hombre que se deslizaba á lo largo de la pared, y que venía del lado de la calle Pavée; vióle detenerse en la hondonada, encima de la cual estaba él como suspendido.

A aquel hombre se le unió otro que marchaba con la misma precaución, después un tercero, y por último un cuarto individuo.

No bien se hallaron reunidos aquellos hombres, alzó uno de ellos el picaporte de la puerta de la empalizada, y entraron los cuatro en el recinto en que está la casilla.

Hallábanse precisamente debajo de Thénardier.

De seguro se habían juntado allí en aquella hondonada para poder hablar sin ser vistos de los transeuntes ni del centinela que guarda la puerta de la Fuerza á pocos pasos más allá.

Debemos decir igualmente que la lluvia tenía acorralado al centinela dentro de su garita.

No pudiendo Thénardier distinguir sus rostros, prestó oído á sus palabras con la atención desesperada del miserable que se ve perdido.

Thénardier sintió como que pasaba algo por delante de sus ojos parecido á la esperanza, cuando oyó á aquellos hombres hablar en germania, esto es, en la gerigonza con que se entienden en cárceles y presidios.

El primero decía por lo bajo, pero claramente:

—Chalémonos. ¿Qué querelamos “icigó?” (Vámonos. ¿Qué hacemos aquí?)

El segundo respondió:

—Brijinda hasta babiñar el casinoben. Y luego los chineles van á nacar, y hay un jundunar que está de rendiqué. Nos loyarán “icicaille”. (Llueve hasta apagar el infierno. Y luego los esbirros van á pasar, y hay un soldado que está de centinela. Nos cogerán “aquí”.)

Estas dos palabras “icigó” é “icicaille” de la germania francesa, que ambas significan “aquí”, y que pertenecen, la primera al habla de las afueras de París y la segunda á la del barrio del Temple, fueron rayos de luz para Thénardier.

Por el “icigó” reconoció á Brujón, que era vago de las afueras, y por el “icicaille” á Babet, que, entre todos sus oficios, tenía el de prendero en el Temple.

La antigua germania del gran siglo no se habla ya sino en el Temple, y Babet era el único quizá que la hablase con toda pureza. Sin el “icicaille”, Thénardier no le habría reconocido de ningún modo, porque había enteramente desnaturalizado su voz.

Mientras tanto, el tercero había intervenido en la conversación:

—Nada apremia todavía, esperemos un poco. ¿Quién nos dice que no necesite de nosotros?

En este lenguaje, que era el ordinario, reconoció Thénardier á Montparnasse, quien ponía su elegancia en comprender todos los géneros de gerigonza y no hablar ninguno.

En cuanto al cuarto, se estaba callado, pero sus anchas espaldas le denunciaban. Thénardier no dudó un momento; era Tragamares.

Brujón replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja y en germania:

—¿Qué estás diciendo? El hostelero no ha podido escaparse. ¡Quiá! ¡Si no conoce el oficio! ¡Para hacer tiras de la camisa y giras de las sábanas, y tejer con ellas una cuerda, agujerear las puertas, fabricar documentos falsos y llaves ganzuas, cortar los grillos, suspender la cuerda por fuera, esconderse, disfrazarse, se necesita ser muy ducho! El viejo no habrá podido hacerlo; no sabe trabajar.

Babet añadió, pero siempre en esa pura germania clásica que hablaban Puller y Cartucho, y que es respecto á la gerigonza atrevida, nueva, imaginativa y vigorosa que usaba Brujón, lo que la lengua de Racine es á la lengua de Andrés Chenier:

—A tu posadero le habrán cogido en el garlito. Se necesita ser largo, y él no pasa de aprendiz. Se habrá dejado engañar por algún soplón, quizá, quizá por algún borrego que habrá hecho de compadre. Oye Montparnasse, ¿oyes esos gritos en la cárcel? ¿Ves cuántas luces? Le cogieron, no te quepa duda. Ya tiene para veinte años de presidio. Yo no tengo miedo, no soy ningún gallina, ya lo sabes; pero no se puede hacer nada en su favor, ó si nos metemos en ello, nos harán bailar. No te enfades, vente con nosotros; vamos á beber una botella de lo rancio en buena compañía.

—No se debe dejar á los amigos en apuro,—murmuró Montparnasse.

—Te digo que está cogido. A estas horas el posadero no vale un comino. Nada podemos hacer ya. Vámonos. Creo á cada instante estar en manos de los corchetes.

Unicamente Montparnasse se resistía ya débilmente; la verdad es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que se guardan los bandidos para no abandonarse jamás unos á otros, habían estado rondando toda la noche alrededor de la Fuerza, á pesar del peligro, con la esperanza de ver salir á Thénardier por lo alto de algún muro.

Pero la noche, por cierto magnífica para ellos, era de lluvia y viento á propósito para que nadie transitase por las calles; así iban teniendo frío, y sus vestidos mojados, su calzado roto, el ruido poco tranquilizador que acababa de estallar en la cárcel, las horas que habían pasado, las patrullas que habían visto, la esperanza que se agotaba y el miedo que volvía, todo esto los impulsaba á retirarse.

Hasta el mismo Montparnasse, que era un poco, tal vez, yerno de Thénardier, cedía también.

Thénardier estaba anhelante sobre la tapia como los náufragos de la “Medusa” en su balsa, viendo el buque que se les había aparecido desvanecerse en el horizonte.

No se atrevía á llamarlos; un grito que se oyese podía hacérselo perder todo. Se le ocurrió una idea, la última, como un relámpago; sacó el cabo de cuerda de Brujón que se había metido en el bolsillo y que había dasatado de la chimenea del Edificio Nuevo, y lo dejó caer en el recinto de la empalizada.

El cabo fué á parar á los pies de ellos.

—¡Una cuerda!—dijo Babet.

—¡Es la mía!—exclamó Brujón.

—Ahí está el posadero,—dijo Montparnasse.

Alzaron todos los ojos. Thénardier alargó un poco la cabeza.

—¡Pronto!—añadió Montparnasse.—¿Tienes tú el otro cabo de cuerda, Brujón?

—Sí.

—Atalos ambos, le echaremos la cuerda, él la sujetará al muro, y tendrá lo bastante para bajar.

Thénardier se arriesgó á alzar la voz:

—Estoy transido.

—Ya te calentarás.

—No me puedo mover.

—Te dejarás escurrir, y nosotros te recibiremos.

—Tengo las manos hinchadas.

—Ata solamente la cuerda á la pared.

—No podré.

—Será preciso que suba alguno de nosotros,—dijo Montparnasse.

—¡Tres pisos!—prorrumpió Brujón.

Una antigua cañería de barro y yeso, que había servido en otro tiempo de conducto de chimenea á la cocinilla de la casucha, subía á lo largo de la pared casi hasta el sitio donde se distinguía á Thénardier.

Esa cañería, toda agrietada y llena de hendiduras, se ha hundido ya desde entonces; pero todavía se advierten sus vestigios. Era muy estrecha.

—Por ahí se podría subir,—observó Montparnasse.

—¡Por ese caño!—exclamó Babet.—¡Un hombre, jamás! Un chico sería menester.

—Un monicaco, sí,—añadió Brujón.

—¿Y dónde hallar ahora ese muchacho?—dijo Tragamares.

—Esperad,—dijo Montparnasse.—Tengo lo que hace falta.

Abrió suavemente la puerta de la empalizada, se aseguró de que no pasaba nadie por la calle, salió con precaución, volvió á cerrar la puerta tras sí, y partió corriendo en dirección de la Bastilla.

Transcurrieron siete ú ocho minutos, ocho mil siglos para Thénardier; Babet, Brujón y Tragamares, no descosían sus labios; abrióse por fin la puerta y apareció Montparnasse sofocado conduciendo á Gavroche.

La lluvia continuaba, con lo que la calle seguía completamente desierta.

Gavrochillo entró dentro de la empalizada, y miró aquellas figuras de bandidos con aire tranquilo.

Chorreábale el agua por los cabellos.

Tragamares le dirigió la palabra:

—¿Mochuelo, eres hombre tú?

Gavroche se encogió de hombros y respondió:

—Un chavó como yo sina un manú, y manuces como sangre sinelan chabórós. (Un mozuelo como yo es un hombre, y hombres como vosotros son muchachos).

—¡Bien cortada tiene la lengua el chabal!—exclamó Babet, siempre en germania.

—No es de paja mojada el niño de París,—añadió Brujón.

—¿Qué hace falta?—preguntó Gavroche.

Montparnasse respondió:

—Tregar por ese caño.

—Con esta cuerda,—dijo Babet.

—Y atarla luego,—añadió Brujón.

—En lo alto del muro,—repuso Babet.

—Al travesaño de la ventana,—agregó Brujón.

—¿Y después?—dijo Gavroche.

—¡Esto es todo!—respondió Tragamares.

El pilluelo examinó la cuerda, la cañería, la pared, las ventanas, é hizo ese inexplicable y desdeñoso ruido con los labios, que significa:

—¡Vaya una habilidad!

Allá arriba hay un hombre á quien puedes salvar,—observó Montparnasse.

—¿Quieres?—interrogó Brujón.

—¡Vaya una barbaridad!—respondió el chicuelo, como si la pregunta le pareciese irracional.

Y se quitó los zapatos.

Tragamares cogió á Gavroche de un brazo, le subió sobre el tejado de la casilla, cuyas tablas carcomidas cedían con el peso del muchacho, y le dió la cuerda que Brujón había empalmado durante la ausencia de Montparnasse.

El pilluelo se dirigió á la cañería, en la que era fácil penetrar, gracias á una ancha hendidura que tocaba al tejado.

En el momento en que iba á subir, como viese Thénardier acercarse la salvación y la vida, se inclinó hacia el borde de la pared; entonces la primera claridad del día blanqueó su frente inundada de sudor, sus pómulos lívidos, su nariz afilada y salvaje, su barba gris y erizada, y Gavroche le conoció:

—¡Calla!—exclamó.—¡Es mi padre...! ¡Oh! ¡Vaya! ¡No le hace!

Y cogiendo la cuerda con los dientes, comenzó resueltamente el escalamiento.

Llegó á lo alto del muro, horcajó por cima como sobre un caballo, y ató sólidamente la cuerda á la parte superior de la ventana.

Un momento después, Thénardier estaba en la calle.

En cuanto llegó al suelo, en cuanto se vió fuera de peligro, ya no se sintió fatigado, ni transido, ni tembloroso; desvaneciése como el humo todo lo terrible que acababa de pasar por él, despertóse toda aquella extraña y feroz inteligencia, y hallóse en pie y libre, dispuesto á marchar delante de ella.

He aquí cuál fué la primera palabra de aquel hombre:

—Y ahora ¿á quién vamos á comer?

Inútil es explicar el sentido de esa palabra horriblemente transparente, que significa á la vez matar, asesinar y despojar.

“Comer”, sentido verdadero: “devorar”.

—Entendámonos bien,—dijo Brujón.—Despachemos en tres palabras, y sepáramonos luego. Había un negocio de buen aspecto en la calle Plumet, calle desierta, casi aislada, con verja podrida cerrando el jardín; mujeres solas.



—¡Y bien! ¿Por qué no?—preguntó Thénardier.  
 —Tu hija Eponina fué á verlo,—respondió Babet.  
 —Y contestó con un bizecho á Magnon,—añadió Tragamares.—Nada hay que hacer por allí, pues.  
 —Sí, sí,—dijo Brujón,—hay que verlo.  
 Mientras tanto, ninguno de aquellos hombres aparentaba fijarse en Gavroche.

quien durante ese coloquio se había sentado en uno de los travesaños bajos de la empalizada; esperó algunos instantes, quizá á ver si su padre se volvía hácia él; se puso luego sus zapatos, y dijo:

—¿Se acabó ya? ¡Eh, los hombres! Ya salísteis del apuro. Me voy, tengo que ir á despertar á mis monigotes.

Y se fué.

Los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Cuando Gavroche hubo desaparecido por la esquina de la calle de los Bailes, Babet apartó á Thénardier á un lado, y le preguntó:

—¿Has reparado en ese chiquillo?

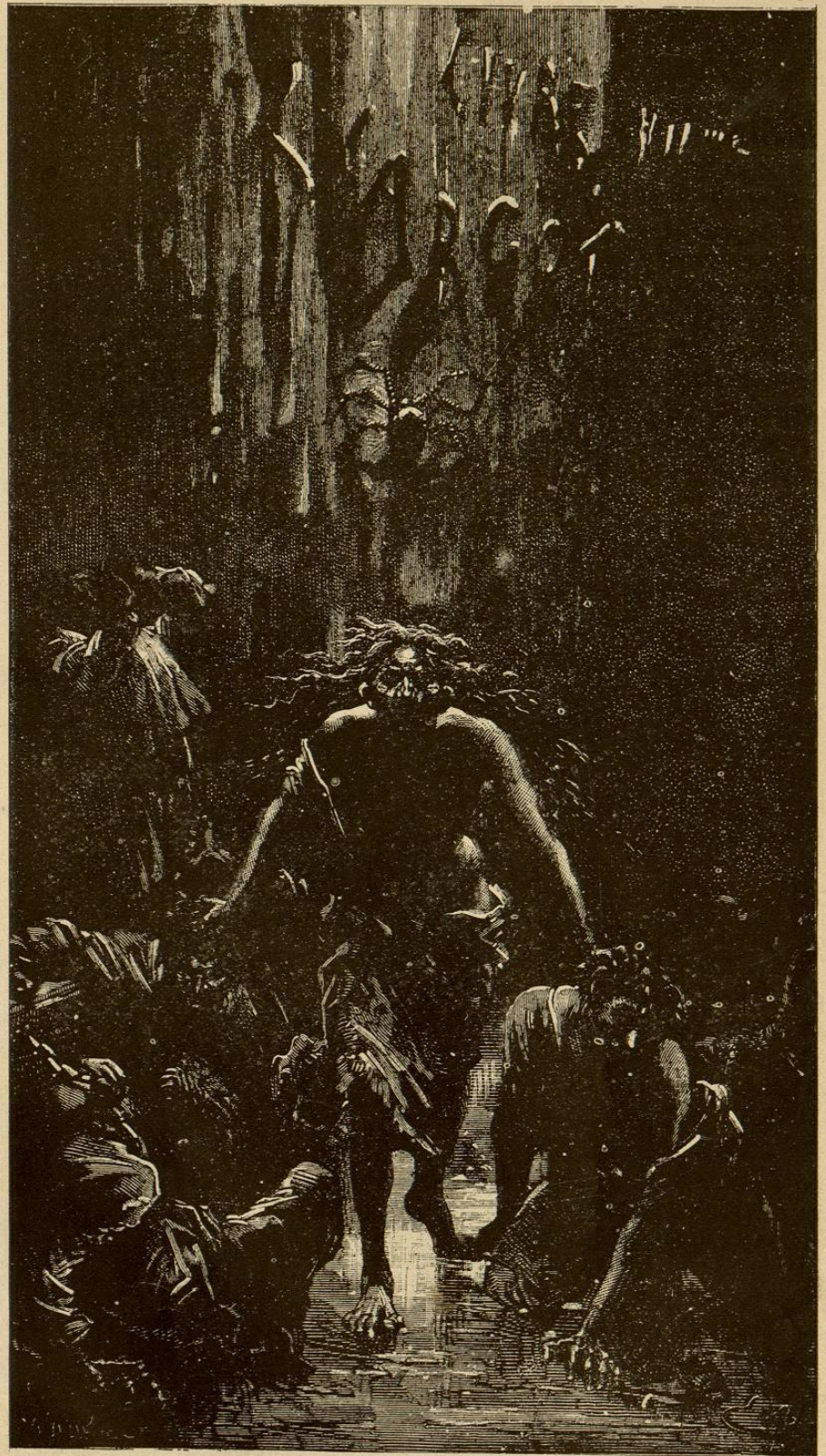
—¿Qué chiquillo?

El chico que ha trepado hasta la pared y te ha subido la cuerda.

—No, apenas.

—Pues bien; no sé, pero me parece que es tu hijo.

—¡Bah!—prorrumpió Thénardier.—¡Puede que sí!



La Germania.